

BIBLIOGRAFIA

Las Ciencias naturales en la escuela primaria, por ENRIQUE RIOJA. Edición y Distribución Ibero Americana de Publicaciones S. A. Colección Técnica en la escuela. 174 págs.; 4 figs. México, 1940.

El distinguido naturalista y profesor español, radicado hoy en Méjico, ha publicado un interesantísimo libro acerca de la metodología de las ciencias naturales en la escuela primaria. Su lectura, permitirá al maestro repasar los principios orientadores de la enseñanza de estas materias cuyo valor e importancia es innecesario destacar. Todos aquellos que se dediquen a la enseñanza primaria encontrarán en este nuevo trabajo un guía eficaz y auxiliar precioso para fijar su propia posición a poco que mediten en compañía del autor acerca de lo que estas disciplinas representan en la instrucción y formación intelectual de los niños". Un noble propósito, perfectamente cumplido gracias a la experiencia y valía de su autor. Con garantía de tan alto cuño sale este libro en cuyas palabras iniciales ya el autor deslinda posiciones al declarar "Somos, por sistema, enemigos declarados de condensar en fórmulas concretas las orientaciones didácticas, que unas veces se ajustan y otras no a la particularidad psicológica del maestro que las ha de aplicar. Dudamos de que ninguna de ellas pueda representar el único camino a seguir; por lo tanto, el maestro debe elegir aquél que mejor se acomode a su especial temperamento y peculiar modo de hacer, sin dejarse suggestionar, en ningún caso, por la ajena opinión aunque esté expuesta brillantemente o apoyada por sugestivos argumentos".

El libro aparece dividido en dos partes: *Consideraciones generales metodológicas*, se titula la primera y *Problemas y procedimientos de orden didáctico*, la segunda.

Metódica y gradualmente el autor va exponiendo las líneas generales de los problemas que aborda ejemplificándolos convenientemente; trata así en sendos capítulos de la primera parte, del interés que siente el niño por los seres y fenómenos naturales; del valor formativo y educativo de las ciencias naturales, del papel que la

observación y la experimentación desempeñan en la enseñanza de estas ciencias como base fundamental para la adquisición de los conocimientos y en una oportuna síntesis examina los métodos didácticos generales que le permiten afirmar: "Las ciencias experimentales encuadran perfectamente dentro del concepto de las escuelas nuevas, activas, del trabajo, del hacer o como quiera llamárselas, en las que la actividad de cada niño no es un esfuerzo individual y aislado sino articulado y solidarizado con el de los demás".

En efecto, como tiene ocasión de demostrarnos el autor, la enseñanza de las ciencias naturales mediante la observación directa, en presencia de los seres y fenómenos, asegura y mantiene despierto el interés del niño por esta clase de estudios; disciplina sus facultades intelectuales; educa sus sentidos, enriquece su lenguaje; es ocasión para perfeccionar su expresión gráfica; desarrolla el sentido de honestidad en la labor y nos muestra como ninguna otra, la relatividad de nuestros conocimientos, pues "estimamos —de acuerdo con el autor— que esta ruta en pos de la verdad, con su andar y desandar el camino, con su rectificar continuo, con el rehacer y depurar los resultados anteriores, es la mejor contribución que las ciencias naturales tienen en la formación del espíritu del niño y en el proceso educativo inherente a toda labor escolar".

A pesar del innegable y evidente interés que chicos y grandes manifiestan por las plantas y los animales y de las virtudes que su estudio encierra como valores educativos y como fuente de sano nacionalismo pues el estudio de la flora, fauna y gea configuran el panorama físico nacional en toda su amplitud, no ocupan con todo, el lugar que en los programas de enseñanza primaria y secundaria les corresponde. En la realidad escolar, quedan en la escuela primaria relegadas ante la importancia concedida a las materias denominadas instrumentales y en la secundaria, ante las ciencias físico-químicas más elaboradas y por consiguiente con mayores exigencias por parte del mismo profesorado.

Es una verdad de hecho también que a pesar de la disposición oficial que antepone el nombramiento de los diplomados en la especialidad, en la enseñanza secundaria ella está confiada en la mayoría de los casos a profesionales universitarios, médicos, dentistas, abogados, etc., ajenos a la actividad científica que corresponde y, en la escuela primaria, la formación de los maestros se resiente del vicio que proviene de su deficiente formación en la escuela normal, problema en el que insistía hace poco en mi trabajo *De la necesidad de crear y sostener aulas-laboratorios de Ciencias naturales en las Escuelas normales* (Revista del Profesorado, Buenos Aires, 1938). El Prof. Rioja da acertadamente en la clave: "El menosprecio que

desde el punto de vista teórico se tiene a tal rama de las ciencias experimentales como elemento básico de la instrucción, se debe, quizás, a la defectuosa cultura científica, tan frecuente en este sector, de la mayor parte de los que se dedican a su enseñanza elemental; defecto y falta que no nace generalmente en ellos sino a la escasa importancia que se atribuye a estas disciplinas científicas en la organización escolar que se ocupa de la formación del magisterio. Consecuencia de este abandono es que el maestro, sin la debida ni suficiente preparación, teme enfrentarse con la naturaleza ambiente para servir de guía a sus discípulos, mostrándoles todo lo que hay en ella de interesante y pueda servir para aumentar el caudal de los conocimientos infantiles. Ante este temor se repliega en el saber libresco, raquítico y falto de sentido científico, reducido las más de las veces, a una pedante y fría exposición del mecanismo artificioso de la ciencia, imprescindible para los estudios de mayor importancia y categoría, pero innecesarios para obtener frutos en este grado de enseñanza. Aquí por el contrario, tiene gran valor el saber intuitivo, en el que el lenguaje o nomenclatura científicos y la construcción lógica de la sistematización taxonómica deben quedar reducidos a su mínima expresión. El maestro que está falto del verdadero sentido de la ciencia de la naturaleza, que no se le ha mostrado durante su formación, se agarra vacilante al asidero de la vestidura externa de estas disciplinas, sin penetrar en la verdadera médula de los fenómenos naturales, en el vivir de los seres orgánicos o en las actividades elementales de los agentes geológicos que tienen lugar sobre la superficie de la tierra y que modifican de continuo su fisonomía y aspecto”.

Esta misma situación se refleja en nuestros textos corrientes —vale anotar la excepción en alguno— donde se sigue viviendo de prestado y son siempre las especies estudiadas o representadas a base de las aparecidas en obras extranjeras y que se perpetúan de época en época. Comprendemos muy bien que el valor eminentemente local— y en este sentido conviene destacar la orientación de los programas vigentes— ha hecho difícil el progreso de estas materias que todavía carecen en el país del núcleo de investigadores necesarios y los profesores se ven privados del concurso que significa el estudio monográfico de nuestras especies más comunes, lo que sólo se logrará cuando nuestras instituciones científicas y las autoridades gubernativas se preocupen decididamente —como tenemos ejemplo en los países más adelantados— por fomentar de modo racional estos estudios. Es notorio que en los países aludidos el profesor cuenta con toda clase de facilidades a este respecto, la bibliografía es extensa, la iconografía abundante, las claves corrientes, las colec-

ciones a mano, situación que por contraposición, se pinta distinta en el grupo de las ciencias físico-químicas cuya universalidad permite al profesor incorporar de inmediato a su práctica, los adelantos alcanzados por los investigadores extranjeros y los recursos didácticos que se emplean en los centros escolares más avanzados, lo que explica el mayor grado de eficiencia y la superioridad que se le reconoce a estas ciencias en la enseñanza secundaria, donde difícilmente un establecimiento carece de laboratorio o aula destinada a las clases experimentales, aunque falte siempre el laboratorio de ciencias naturales.

Es inconcebible, por ejemplo, a poco que se medite sobre ello, que en el plan actualmente en vigencia en la enseñanza media, —digámoslo de paso— la Mineralogía y la Geología, que siempre figuraron en el plan de estudios como materias independientes aparezcan absorbidas (en la práctica, vale decir desaparecidas) por la Química y la Geografía respectivamente, desconociéndole sus valores propios, informativos y educativos. La Geología, con su evocación del pasado evolutivo tiene un campo bien caracterizado y único en la adquisición de un elemento cultural indispensable; la Mineralogía, como ciencia de observación, tiene un valor educativo indiscutible. Deseo hacer constar que para estudiar la Mineralogía no es necesario, como he oído muchas veces a colegas incompetentes, un bagaje químico previo: al contrario, puede la Mineralogía constituir una excelente introducción al estudio de la Química. Por otra parte, todas las materias científicas y en especial las físico-químicas y naturales guardan una estrecha interdependencia y son indispensables los conocimientos de una para abordar el estudio de las otras: ¿no se ha pensado acaso que para el estudio de la fisiología vegetal y animal serían imprescindibles no sólo las nociones de química orgánica corrientes sino también las de bioquímica? Al redactar un plan de estudios es necesario discriminar los valores de las materias que se incluyen y disponerlas de acuerdo con sus correlaciones lógicas. Tal vez, menos complejas en sí, fueran las ciencias físico-químicas —aún cuando esto suene a herejía al oído de muchos colegas— las que debieran preceder en el estudio de las ciencias, pues hoy día nadie discute que son ellas las que sirven de base explicativa a las ciencias biológicas.

La Mineralogía tiene sus métodos de estudio y su campo está tan caracterizado como puede estarlo el de la Química o la Física; constituye en el programa una excelente ocasión para pasar revista a nuestras riquezas minerales, por cuya difusión se interesó tanto Sarmiento, que siempre se adelantó a comprender las necesidades de nuestros sistemas educacionales: mal puede considerársela un

apéndice de la Química. La Geología por su parte, constituye, nadie puede negarlo, la base misma de los estudios geográficos, la única que puede darnos la solución de las formas de paisajes tal como se presentan en la actualidad ante nuestros ojos y al aclarar las líneas de la geografía física, es el fundamento subsiguiente de la geografía económica y política: mal puede ser un apéndice o un capítulo de la Geografía. Un curso de Biología es pues indispensable en los años finales del ciclo de enseñanza media para poder explicar los fenómenos biológicos sobre la base de las nociones suministradas por las demás materias y para descargar en él un cúmulo de tópicos comunes a ambos reinos que todavía recargan sin necesidad alguna, la primera parte de los programas de Zoología y Botánica, tiempo que podría destinarse con más provecho al estudio exclusivo de la organización de los animales y de las plantas conservando a estas materias su carácter descriptivo preliminar, dada su colocación en el plan de estudios.

El Prof. Rioja es un maestro de verdad —lo dicen bien a las claras su entusiasmo incansable y su inagotable actividad en la cátedra y en el libro— que conoce el oficio y es intérprete sincero del espíritu de las escuelas nuevas que traducen la sana aspiración de todas las épocas, la de superarse día a día en la labor emprendida.

A lo largo de su exposición analiza y destaca el valor educativo y formativo de las ciencias naturales en la escuela primaria, razones que precisamente movieron a incluirlas en todo plan de estudio y a este respecto dice: "El método didáctico seguido en la enseñanza de las ciencias naturales no difiere en esencia, del que utiliza el investigador o el naturalista al escudriñar la causa de los fenómenos biológicos, la naturaleza y esencia de los que se dan en los animales y las plantas que le rodean; método que le conduce a fijar los principios o leyes generales a que éstos obedecen. Hemos aceptado que el niño debe ser actor y creador de su propia educación. Admitido este criterio, es indudable que la ruta seguida por el niño para conquistar su verdad, la conocida por los demás pero desconocida para él, no tendrá otra opción que seguir los pasos del hombre de ciencia que trata de indagar la verdad desconocida para todos. La actitud del niño será la de un investigador en tono menor, descubridor de menor cuantía, pero descubridor al fin, cuyas débiles fuerzas para esta tarea han de apoyarse en el buen sentido del maestro que pasa a ser en la escuela activa mentor inteligente y no démine que impone su menguado saber, sin otra razón que la posición preeminente que su función le da ante el niño, como sucedía en la escuela verbalista de antaño. El método científico y el método didáctico se confunden en sus normas generales o, por lo menos, llevan trayec-

torias paralelas y concordantes con las diferencias, que no deben olvidarse, de su distinta amplitud y medida!

“Se nos dirá que si el niño ha de indagar por sí mismo todo lo que necesita saber, no habrá tiempo en la vida del hombre para que éste aprenda una parte ínfima de lo que toda persona medianamente culta debe conocer. Sería justa esta objeción si nosotros propusiéramos que de continuo el niño siguiese paso a paso tal método, teniendo que salvar todos los obstáculos que la naturaleza interpone hasta revelar sus secretos. Pero realmente, una vez que los escolares se han familiarizado con este método de actuar, puede abreviarse en muchas de sus etapas e incluso acrecentar su saber comunicándoles directamente conocimientos ya que el conocer el camino y los recursos para alcanzarlos les dan un valor y un matiz, que falta cuando se ignora esta ruta”. En efecto, como un lema debe retener el maestro, *“El camino en sí y la destreza adquirida en recorrerlo es tan importante cuando menos, como la misma meta que se persigue”*.

Claro está que que con este espíritu se requiere salvar un escollo fundamental en la práctica escolar: el examen. No puede continuarse examinando a los educandos con las típicas preguntas de rigor, puesto que según estos nuevos criterios, el conocimiento vale en cuanto es ocasión de adiestramiento o de disciplina mental, no de mera retentiva. Si se desea el examen brillante del tipo meramente informativo, otro es el camino a seguir cuyo ejemplo lo tenemos en la enseñanza librea que nos antecedió y que todos hemos repudiado.

En la segunda parte, el autor aborda el estudio de los problemas que la vida didáctica plantea y expone los diversos recursos de que puede valerse el maestro para organizar sus clases de acuerdo con el nuevo espíritu, con comentarios, aclaraciones y ejemplos oportunos. Trata así de las excursiones escolares, del empleo de terrarios, insectarios y acuarios en el aula, a fin de facilitar las observaciones de carácter morfológico y biológico en ejemplares vivos; de la importancia del estudio de las biocenosis y complejos biológicos; del “Nature study” de los pedagogos anglosajones; del sistema monográfico y de los instrumentos de demostración y observación (cinematógrafo, proyecciones fijas y miseroscopios). A continuación, analiza el valor del dibujo en la enseñanza de las ciencias naturales del cual todo lo que diga es poco “pues sólo se conoce bien lo que se puede dibujar”. En realidad “el dibujo es un verdadero mecanismo de la interpretación de los hechos observados”. No se persigue, ya se sabe, el dibujo artístico sino el que sirve como lenguaje universal para mostrar lo que se ha visto y se quiere comunicar. Como muy bien dice el autor: “En infinidad de ocasiones se

descuida la enseñanza del dibujo a pretexto de la falta de aptitudes de tal o cual alumno o el maestro declina su responsabilidad por carecer, según su propio y sincero convencimiento, de condiciones para ello. Esto es tan erróneo como si, a pretexto de carecer de temperamento literario, se abandonasen los ejercicios de redacción en la escuela”.

Los procedimientos de recolección, las colecciones y el uso que de ellas debe hacerse y un capítulo no menos interesante cuyo desarrollo no defrauda su acápite: “Las ciencias naturales en la escuela rural. Modalidades de la enseñanza de estas ciencias en relación con las condiciones locales. Aplicaciones de los conocimientos científicos a los trabajos del campo o del mar” sigue a continuación para finalizar con el examen de un tópico por demás interesante para el maestro: “Programas y libros escolares de Ciencias Naturales. Principios a los que debe ajustarse su redacción”.

En síntesis, una obra acerca de la Metodología de las ciencias naturales escrita con sencillez, claridad y método, en la que todo maestro encontrará un riquísimo filón para informarse acerca de la moderna didáctica de estas materias. Está demás decir que es un libro cuya lectura recomendamos calurosamente a nuestros colegas amigos que se preocupan por obtener cada día, una mayor eficiencia en la educación de la niñez confiada a sus manos y a su espíritu.

Alberto E. J. Fesquet

Los hombres del drama. Colección de autores varios. Editorial Americalee, Buenos Aires 1942.

En esta colección denominada “Los hombres del drama”, la conocida editorial ha reunido con propósitos eminentemente divulgadores, una serie de biografías ultrarrápidas de más o menos 200 páginas cada una. Son varios autores y es vario el método que siguen sin perder de vista la finalidad de inmediata información que parece animarlas, “iluminando las figuras” de la guerra mundial. “Sir Stafford Crips” tratado por Ramón Prieto ofrece muy buenos elementos de juicio sobre política inglesa. Los ofrece en punto al movimiento obrero en el Reino Unido; también en cuanto a los relacionados vínculos con la India y a los novísimos acuerdos con Rusia, remarcando la intervención que le cupo a Sir Stafford en algunos momentos culminantes de los mismos. El personaje, si bien despierta

curiosidad, no capta interés dramático. El trabajo del señor Prieto se resiente de tendenciosidad. "Mac Arthur" ha sido tratado por Mariano Perla. El personaje biografiado se presta menos aún que el anterior para ser contenido en un libro de este carácter. Vemos a Mac Arthur como un militar predestinado al brillo, elegante, de no muy firmes convicciones sociales aunque seguro de su destino. Hay éxitos de salones, vida diplomática, alianza plutocrática, divorcio y faenas profesionales de poca monta pero oportunas y adecuadas al porvenir del biografiado. Perla ha extremado un poco el uso del período breve y algo homérico, circunstancia que confiere al relato ritmo de poema, talvez con la intención de despertar en el lector un interés que el protagonista todavía no ha logrado en sí mismo, para los demás. "Timoshenko" por Clemente Cimorra permite seguir con bastante seguridad no sólo la trayectoria cumplida por la máxima figura militar del soviét, si que también el desarrollo de la organización portentosa del ejército ruso. Hay diálogos eficazmente introducidos en todos los capítulos, que comunican a esta biografía una agradable agilidad, aparte que la unidad doctrinaria ínsita del personaje se cumple en todo el desarrollo del trabajo, desde que aparece campesino en Besarabia en 1914, hasta que en 1941 empuña el comando de millones de soldados, con la misma desenvoltura con que a lo largo de toda su carrera empuñó en el arma de caballería las bridas de su corcel.

Finalmente comentamos el "Chiang Kai Shek" de Eduardo Borrás. Esta biografía mantiene algún contacto en las formas con la de Mac Arthur escrita por Perla. Es claro que la del generalísimo chino es una existencia incomparablemente más dramática que la de Mac Arthur, antecedente que acuerda al relato cierto persistente interés, a pesar de la leve monotonía frásica ya señalada. No está precisamente delineada la evolución política del mariscal, ni tampoco el entronque de sus concepciones nacionalistas con las del precursor Sun-Yat-Sen, pero se advierte nítido su papel de jefe del más importante movimiento popular asiático de los tiempos modernos. Su lectura es muy útil.

Pedro Oscar Murúa

La Ciudad del hierro verde por RAMÓN PRIETO, Editorial Americana, 199 págs. Buenos Aires, 1942.

Detrás de este nombre simbólico hay una novela de tipo social que se lee con verdadero agrado y que trasmite vigorosamente la

impresión del paisaje y de los conflictos humanos que registra. Todo transcurre en Brasil, en lugar propicio al cultivo del café. La intriga se engarfa en los negocios y la política hasta culminar en la ruina, la conspiración, la cárcel y la locura.

P. O. M.

JESUALDO: *Problemas de la educación y la cultura en América. Reportazgo mexicano sobre problemas de educación.* Editorial Claudio García y Cía. 381 p.. Montevideo, 1943.

Su autor, que lleva ya once obras publicadas, no necesita presentación. Su "Vida de un maestro", su propia biografía, escrita con esa rica plasticidad del poeta-educador y con ese realismo pictórico que le caracteriza, conquistó al público. La doble calidad del estilo y del contenido que muestran con eficacia y sinceridad su celo docente y sus preocupaciones por una educación más humana, dejaron huella imborrable.

Y, por si tales altas calidades no bastaren, su visita de hace algunos años, que trajera un mensaje plástico de la expresión creadora de sus niños de la escolita de las canteras del país vecino a orillas del estuario común, no se desglosa en el recuerdo de su "silueta de pájaro agorero", según las textuales palabras de quien presentara al conferencista a nuestro público.

Después de un silencio breve, llegaron los "180 poemas de los niños de la escuela de Jesualdo" (1935). Y tras otro silencio de cinco años, su "Artigas" de 1940, y su "Sinfonía de la danzarina" (poemas de 1942).

Su nueva obra nos muestra un Jesualdo, no diré "nuevo", porque sus preocupaciones pedagógicas están en la raíz misma de su alma de maestro, pero sí bajo un ángulo distinto. Del plano pedagógico concreto y del estético, se eleva (alguien dirá lo contrario, según la jerarquía que asigne a lo teórico), al plano problemático. Pero su anhelo fundamental finca, siempre, en tornar sobre la realidad viva de toda la escuela de América.

Como el subtítulo lo advierte, el reportaje para "Magisterio Americano", órgano del Comité de Unificación del Magisterio Americano, a cargo de Roberto Moreno García, realizado en México, en noviembre de 1940 conforma la estructura del libro. Su autor espera —y creo que es la suya noble esperanza— que "cifras, datos y

experiencias, formen en la preocupación de quienes piensan lealmente que en el niño siempre estará el futuro del Mundo". El renovado fervor con que se plantean cuestiones vitales a la educación americana, algunas sangrantes y patéticas como las del niño "infrahumano" (el indígena), merecen seria meditación.

Como ojos que ven lo que los cuadros y porcentajes muestran a lo vivo, descarnadas y sombrías perspectivas, podrá el lector avisado contemplar en las páginas candentes que corresponden al primero de los capítulos "Problemas de la infancia", la enorme magnitud del problema planteado. El sólo justificaría todo el libro. Lo reclama la infancia "que agoniza más que vive". Jesualdo es realmente un hombre que *siente* el problema del niño y su angustia vital. El suyo es un verdadero "Y'acuse" que debe ser conocido por educadores, y sobre todo por los gobiernos que deben ser y son, por razones sociales, los encargados de dar solución a tan terribles problemas humanos.

El segundo capítulo dedicado al gigantesco problema del "Analfabetismo" no es menos objetivo y sincero. No puede dejar de interesar a quienes vigilan el horizonte cultural celosamente. Es una clarinada sugestiva: hablan datos y pintan realidades. La deserción aterradora (págs. 126-129), las escuelas de adultos y sus fallas, para ser verdaderos agentes de alfabetización, etc. merecen al autor páginas maduras, y sobre todo, de apasionado fervor en pro de la extensión de la cultura a la masa. Por eso los problemas conexas con la alfabetización: la vagancia, el trabajo infantil, su legislación, el niño ante los tribunales, etc., le arrancan reflexiones que surgen y se agrupan, pintan, y dan la medida de la importancia, o mejor, de la magnitud del problema humano que está tras ellos. Problema trágico, para el porvenir de la cultura americana y universal, punto que quedando fuera de los lindes del libro, aparece al lector no prevenido.

Valen las valientes páginas, como sugerencias, como incitación a un estudio más serio y completo, aunque más frío, quizá. Lástima que a veces el autor pasa al terreno proselitista y la mezcla de problemas que no se ponen en el plano puramente pedagógico, sino como elemento para enardecer la lucha de clases, dañe el estudio y afecte las conclusiones, a veces alcanzada con premura y desde "un punto de vista", que nunca es totalmente completo. El clima polémico no es siempre el indicado para ciertos temas. Ambos capítulos, los más extensos de la obra, pues ocupan, en total 171 páginas, se cierran respectivamente con una nota bibliográfica, si no completa ni mucho menos, abundante.

No tan medulosos y de permanente valor objetivo los capítulos

de "Enseñanza Secundaria", "Enseñanza Técnica y Universitaria". Carecen, aún más, de un planteo estricto en el plano pedagógico. El autor hace más frecuentes incursiones al plano polémico-proselitista, dañando por ende, la claridad del tema y su planteo fecundo y serio. A veces no se sabe si es refractario a la enseñanza técnica o la auspicia. Por otra parte no creo que hablando sin apasionamiento el autor no crea que es mejor hacer algo que destruir del todo. No creo, de ninguna manera que se debe esperar una nueva estructura, o una revolución social para empezar. Muy al contrario. La cultura y todo proceso de formación, es un proceso lento que se sedimenta a través de las generaciones y es susceptible de una perenne y fructífera mejora y crecimiento. No importa de dónde viene, si de arriba o desde abajo, siempre que represente una conquista. Y no son los países más revolucionarios los más adelantados: la prueba la aporta el mismo autor, cuando reconoce que Estados Unidos y la Argentina —como a veces, Uruguay— van a la cabeza, mientras México sólo se alimenta de ilusiones de futuro mejor. Y es precisamente el país de América Hispana que más movimientos y revoluciones ha sufrido: desde la monarquía a la república socialista. El sectarismo deforma la posibilidad de ver claro y a veces, hasta es ciega para lo evidente.

Quizá tal es el mal de los capítulos aludidos, como ocurre para el que consagra a universidades. Jesualdo no ha visto los valores indiscutibles y permanentes de la Universidad argentina, mirándola por ojos y experiencias particulares, generalizadas sin precaución. Tampoco en este terreno es exacto que sólo las revoluciones y vuelcos verticales sean fructíferos. A quien estudia el desarrollo de la universidad argentina le parece claro que la ingerencia de la política en las instituciones docentes no es precisamente un factor de desarrollo sino precisamente, cuando la política se ha hecho presente en el claustro universitario ha hollado el principio vital de libertad y autonomía. El ideal, en interés del desarrollo normal y no discontinuo de la educación, es precisamente mantener independiente, en todos los órdenes de la enseñanza, la política y la educación. Desgraciadamente esa discontinuidad se percibe a través del libro y no sólo en la Argentina, como un mal americano que el autor no subraya y que trasparece, a pesar de la tesis en contra que corre por el libro. ¿Cómo se ha escapado a tan agudo observador que ha hecho vibrar su pluma describiendo la miseria de la educación pública con celo, sin duda heroico?

En cambio, en el trazo seguro de los grandes precursores de la educación popular en el nuevo continente —donde no rezan prejuicios y teorías de raza ni odios ancestrales— reaparece la objetividad,

y con ella eleva la potencia de sugestión de su pluma privilegiada y realista.

La obra termina con optimismo y un voto contra los saboteadores y los imperialismos. Agoreras quizá para ellos y para que la cultura dignificadora para todos, en este ferviente voto, lo acompaña América!

Por una paz, sí, pero que no venga ni "por guerra" ni "por revolución" (pág. 381), sino precisamente por esa obra sin fin y acumulativa de generaciones tras generaciones, que se nutre en los ancestrales ideales de su historia nacional.

La impresión buena. Hay términos desusados que disuenan, como el "teorismo" de pág. 77 y el "cupo" ("falta de cupo") de pág. 125 en vez de *teoricismo* y *sitio*, que son las castizas y de más armonía.

Celia Ortiz Arigós de Montoya

Los conflictos del trabajo. Sus soluciones en el derecho argentino y comparado, por JUAN D. RAMÍREZ GRONDA. Editorial Ideas. Buenos Aires, 1942. Un volumen de 223 p.

La producción del Dr. Ramírez Granda en materia de derecho del trabajo es ampliamente conocida. El autor de *Derecho del Trabajo* y del *Código del Trabajo y de la Previsión Social*, obras de señalado mérito, es asiduo colaborador de importantes revistas jurídicas, como "La Ley", "Derecho del Trabajo", "Gaceta Jurídica" de La Plata, entre otras, donde ha publicado numerosos artículos y notas sobre temas de la especialidad.

En la obra objeto de este breve comentario, el Dr. Ramírez Gronda realiza un completo estudio sobre el tema, con abundante glosa de doctrina y acopio de antecedentes legislativos, nacionales y extranjeros. El punto ya lo había esbozado, en parte, en un trabajo titulado *Las normas de procedimiento contenidas en la legislación nacional del trabajo*, que se publicara en el volumen sobre *Tribunales del Trabajo. Derecho Procesal del Trabajo* editado por el Instituto de Derecho del Trabajo de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de esta Universidad. Igualmente trató algunos aspectos del tema en un artículo sobre *Funciones judiciales y administrativas, en las controversias individuales del trabajo*, publicado en la revista

“Derecho del Trabajo”, en el número correspondiente al mes de febrero del año próximo pasado.

La materia relativa a los tribunales del trabajo y al derecho procesal del trabajo, ha merecido especial preocupación de parte de los estudiosos en estos últimos tiempos. Es de señalar la labor realizada al respecto por el Instituto de Derecho del Trabajo de esta Universidad, cuyas conclusiones merecieron la aprobación del Primer Congreso Nacional de Ciencias Procesales reunido en Córdoba en 1939 y de la Primera Conferencia Provincial de Abogados celebrada en esta ciudad en junio del año pasado.

El autor divide la obra en tres partes. En la primera se ocupa de una serie de “cuestiones previas” e ideas básicas; la segunda trata de los organismos y el procedimiento según el derecho positivo argentino; y la tercera de los antecedentes y bases para una nueva organización del fuero y del procedimiento del trabajo.

Talvez el mismo autor precisa el sentido exacto y alcance de la obra, cuando expresa, compendiando el contenido de la misma: “Nuestro plan ha sido trazado teniendo en cuenta los aspectos capitales del asunto, con un sentido de actualidad y con vistas a un medio particular: el de nuestro país”.

Comienza destacando la gran importancia que revisten en nuestro tiempo los litigios que suscitan las relaciones del trabajo, recurriendo a las estadísticas para demostrar su aserto, de donde deduce la enorme trascendencia de los organismos necesarios para solucionar tales litigios: los llamados tribunales del trabajo.

Llega así el autor a la materia misma o contenido propio del tema en estudio, ésto es, los conflictos del trabajo, cuya especialidad plantea una lógica diferenciación en los organismos y procedimientos jurisdiccionales, adoptando, por considerarla más amplia y comprensiva, la definición de Carnelutti ⁽¹⁾, que reproduce Pergolesi ⁽²⁾: “Existirá controversia del trabajo “cuando alguno pretenda la tutela de su interés —relativo a la prestación de trabajo o su reglamento— en contraste con el interés de otro, y allí donde éste se oponga mediante la lesión del interés o mediante la contestación de los pretendidos”.

Es en este capítulo donde el Dr. Ramírez Gronda entra a analizar las clasificaciones corrientes de los conflictos del trabajo.

⁽¹⁾ CARNELUTTI, Francesco, *Lezioni di Diritto Industriale, Teoria del regolamento collettivo dei rapporti di lavoro* (Padova, 1928), pág. 43, cit. por PERGOLESÍ ⁽²⁾.

⁽²⁾ PERGOLESÍ, Ferruccio, *Diritto Processuale del Lavoro* (Roma, 1929), vol. I, pág. 8.

Precisando el concepto de la división de los conflictos en individuales y colectivos, señala, citando al Dr. Tissebaum (*), que la misma "no responde a motivos de carácter numérico en punto a las personas que actúan en la contienda", sino a la diferencia fundamental que existe en los fines de la reclamación o naturaleza de los intereses en juego. Caracterizando ambas categorías de litigios, expresa, siguiendo a Jaeger (*), que "el conflicto colectivo es aquél en que están en juego *los intereses abstractos de categoría*, en tanto que el conflicto individual, es el que se promueve en vista a la tutela de *un interés concreto de los individuos*".

Por el contrario, el Dr. Ramírez Gronda no da mayor importancia práctica a la moderna distinción entre conflictos de derecho y de intereses, es decir, respectivamente, aquéllos que versan sobre la interpretación o aplicación de una norma legal o contractual preestablecida, y aquéllos que se refieren a una reivindicación que tiende a modificar un derecho existente o a crear uno nuevo; clasificación ésta que hace a la naturaleza intrínseca del conflicto del trabajo, según sea de índole jurídica o económica. Desconociendo esta clasificación que "goza de prestigio en la doctrina moderna", como lo reconoce el mismo autor, especialmente dentro de la categoría de los conflictos colectivos del trabajo, concluye expresando que para la determinación de la competencia de los órganos jurisdiccionales y la fijación de los procedimientos del fuero del trabajo, no existen sino dos categorías fundamentales de litigios: los de naturaleza colectiva y los de naturaleza individual, es decir, aquéllos que miran al interés abstracto de las categorías y aquéllos que miran al interés concreto de los individuos. "La distinción entre conflictos colectivos de naturaleza jurídica y de naturaleza económica —agrega—, no es, en todo caso, sino muy relativa, ya que en el fondo, todos serán jurídicos y económicos al mismo tiempo".

Examina luego los conflictos intersindicales colectivos y no colectivos, los conflictos entre el sindicato y sus afiliados y los conflictos interobreros, que completan el cuadro de los litigios que caen dentro de la competencia de los tribunales del trabajo.

La justificación y naturaleza del fuero propio y del procedimiento especial para los litigios del trabajo, ocupa un lugar destacado en la exposición.

(*) TISSEBAUM, Mariano R., *Las contiendas del trabajo y el régimen jurídico para su solución*, en "Tribunales del Trabajo. Derecho Procesal del Trabajo" (Santa Fe, 1941), pág. 150.

(*) JAEGER, Nicola, *Le controversie individuali del lavoro*, 4ª edición (Padova, 1936), págs. 7-28.

En la segunda parte de la obra, trata el autor de los organismos y el procedimiento según el derecho positivo argentino, estudiando sucesivamente las normas vigentes para los conflictos individuales y para los conflictos colectivos. Entre las primeras analiza el procedimiento aplicable a los juicios de accidentes del trabajo, el de los juicios de la ley N° 11.729, el de la nueva ley de trabajo a domicilio N° 12.713, las facultades de la Comisión Nacional de Coordinación de Transportes, las de la Corporación de Transportes de la ciudad de Buenos Aires, del Tribunal Bancario instituido por la ley N° 12.637, del Consejo Agrario Nacional y de los Consejos Agrarios Regionales, y de la Comisión Arbitral para el reajuste de arrendamientos rurales. Entre las segundas, distingue el procedimiento nacional o, mejor dicho, federal, del procedimiento vigente en la Provincia de Buenos Aires para la solución de los conflictos colectivos. Estudia también el régimen de las leyes Nos. 9.658 y 11.570 relativo a la aplicación de sanciones, así como el destino de las multas; haciendo en cada caso referencia a las normas vigentes en la provincia de Buenos Aires.

La tercera parte de la obra se ocupa de los antecedentes y bases para una nueva organización del fuero y del procedimiento del trabajo.

Entre los antecedentes se mencionan, en primer lugar, las declaraciones o votos sancionados por institutos, congresos y conferencias, a saber: del Primer Congreso Nacional del Trabajo, reunido en Buenos Aires en 1931; del Congreso de Sociología y Medicina del Trabajo, celebrado en Buenos Aires en 1939; del Instituto de Derecho del Trabajo de esta Universidad, en su sesión del 25 de agosto de 1939; del Primer Congreso Nacional de Ciencias Procesales, reunido en Córdoba en 1939; de la Asociación de Abogados de La Plata, de 1941; de la Conferencia del Trabajo de La Habana, de 1940; del Instituto de Derecho del Trabajo de esta Universidad, en sus sesiones de 1941; y de la Primera Conferencia Provincial de Abogados de Santa Fe, de 1942.

En segundo término, se citan las iniciativas parlamentarias argentinas de orden nacional, sobre: tribunales del trabajo; órganos de conciliación y arbitraje; consejos de trabajo; juntas arbitrales para el trabajo agrícola; y órganos especiales previstos en los proyectos de Códigos del Trabajo; analizándose en especial, como proyectos de mayor importancia, el del Dr. Joaquín V. González de 1904; el del Dr. Unsain de 1921; el del Dr. Saavedra Lamas de 1933; el Anteproyecto de la Comisión Especial Redactora del Código del Trabajo de la Cámara de Diputados, de 1939; el proyecto del Dr. Anastasi de 1921; y el del Dr. Manuel Pinto (h) de 1941.

Entre las iniciativas provinciales se destaca, como más importante, la de la Provincia de Mendoza, de 1939.

Se pasa luego una rápida revista a los principales sistemas vigentes en la legislación extranjera, especialmente americana, analizándose la organización imperante en Brasil, Bolivia, Colombia, Chile, México, Perú, Venezuela, Estados Unidos de Norteamérica, Francia, Alemania, Italia y Rusia.

Por último, el Dr. Ramírez Gronda entra a estructurar las bases para la organización del fuero y del procedimiento del trabajo, que concreta en los siguientes puntos esenciales: lo relativo a la organización, composición, competencia y procedimiento. En esta parte se hace referencia detallada al caso planteado por la ley N° 4.548 de la Provincia de Buenos Aires, que atribuyó facultades judiciales al Departamento Provincial del Trabajo, y que motivó decisiones opuestas de la Corte Suprema Nacional y de la Suprema Corte de la Provincia de Buenos Aires, respecto a la constitucionalidad de la ley.

En punto a la composición de los tribunales del trabajo, el Dr. Ramírez Gronda es partidario de su constitución exclusiva por jueces de derecho, y sólo admite su integración en forma paritaria con "expertos", cuando se trate de ventilar controversias de naturaleza económica.

Finalmente, el autor sienta, en una serie de puntos, las conclusiones fundamentales para la institución del fuero del trabajo en nuestro país, trazando un esquema de organización para la Provincia de Buenos Aires.

La obra se halla prologada por el Dr. David Lascano, quien en breves pero substanciosas páginas hace interesantes disquisiciones relativas al fuero del trabajo y a la atribución de competencias.

Puede afirmarse, sin lugar a dudas, que la obra del Dr. Ramírez Gronda ha venido en feliz momento a sistematizar una materia que hasta la fecha no había sido tratada en forma orgánica entre nosotros, si se exceptúa la publicación sobre el tema editada por el Instituto de Derecho del Trabajo de esta Universidad. Caracterizado por un marcado sentido nacional y de actualidad, el trabajo objeto de este comentario resulta particularmente destacable para el estudio especializado del problema en nuestro país.

Juan M. Galli Pujato

Adios, Mister Chips!, por JAMES HILTON, traducida por David Perry. Editorial Zig-Zag. Santiago de Chile, 1942. Un vol. 150 p.

Su versión cinematográfica acreció la difusión de esta obra tan hermosa que ahora Zig-Zag nos procura en muy pulcra edición.

Resalta en ella la sencillez de su composición. En sus páginas asistimos a la existencia de un maestro, larga existencia sin episodios espectaculares, sosegada, integrada por hechos simples y cuyos años se desdoblán en dos reiteradas instancias: las clases; las vacaciones.

Mas esos hechos así tranquilos asumen expresados por Hilton una honda calidad humana y ése es, claro está, el mérito excepcional de la obra y el motivo del agrado profundo que produce su lectura.

A través de sus dieciocho capítulos la narración mantiene un tono cordial y se complace con simpatía en dibujar con todas sus líneas la figura del protagonista, proyectada siempre en el ambiente de su escuela, ese colegio de Brookfield cuya historia va paralela a la de mister Chips.

No dejaremos sin ponderar la claridad de la versión española, que intensifica la seducción de esta obra.

Rubén A. Turi

Hacia un concepto de la Literatura española, por GUILLERMO DÍAZ PLAJA. Editorial Espasa-Calpe. Colección Austral. Buenos Aires, 1942. Un vol. de 160 p.

El de Guillermo Díaz Plaja es un nombre ineludible en una mención de los valores más dignos que ofrece la crítica literaria en nuestro idioma. Incontables trabajos de singular agudeza lo confirman.

Ello hace muy grata y muy justa la inclusión de un título suyo en la notoria colección Austral de Espasa-Calpe.

Este volumen contiene distintos estudios seleccionados por el mismo autor entre su producción del último decenio. Es así que en él hallamos páginas de "El arte de quedarse solo y otros ensayos", de "La ventana de papel", de "El espíritu de barroco", de "La poe-

sía lírica española”, etc., obras que unidas a muchas más destacan su personalidad y dan fe de su incansable labor crítica.

La fragmentación que impone el enunciado criterio no desarticula en modo alguno sus conceptos sobre la literatura o sobre los ciclos culturales de la península y sí permite una apreciación de su pensamiento con respecto a distintas etapas de la historia espiritual de España. Estimamos así sus agudos enfoques del barroco, sus ideas acerca del siglo dieciocho o sus sagaces hallazgos en el romanticismo.

De tal modo este volumen vale especialmente por ofrecernos en forma tan cómoda el pensamiento siempre atendible de Díaz Plaja.

Rubén A. Turi

Metternich, por RAOUL AUERNHEIMER, traducido por Pedro Ibarzábal. Editorial Sudamericana, 1942. Un vol. 400 p.

En páginas de introducción a este libro magnífico —magnífico por su contenido y por su edición— el autor asevera agudamente que el género biográfico “constituye realmente una velada respuesta de nuestra generación a la perspectiva materialista de la historia, que ha llegado a aburrir”. Asegura que vivimos la era de las biografías y cita un párrafo de Hormayr, del que transcribimos que “la historia fluye de las vidas humanas”.

Su libro anhela —y logra— desentrañar la compleja hondura de uno de los períodos más apasionantes y los acelerados acontecimientos que en él tuvieron lugar y que —lo prueba— aún gravitan en la oscura actualidad son analizados y estimados a través de la vívida evocación de quien fué sin duda su protagonista: el Príncipe de Metternich.

Repetimos que Auernheimer colma en sus subyugantes páginas esa aspiración de conferir a la historia una vibración veraz y cálida al perfilar en sus matices humanos los rasgos del hijo de Marie Beatrice Metternich, pues ofrece un cuadro detenido y animadísimo de los largos años en que actuara.

“Estadista y hombre galante” es la definición que da de su biografiado. Mas no sólo lo aprecia en esos dos aspectos de su existencia laboriosa y decisiva sino —y con inalterable finura— en los múltiples detalles de su personalidad.

Cuatro partes contiene este libro. En la primera sigue minu-

ciosamente, a través de reveladores motivos, la formación de la personalidad del hombre que habría de enfrentarse con Napoleón. ¿Cómo derrotar a Napoleón? es el interrogante que da título a la parte siguiente y en ella la respuesta está dada con agudeza magistral por el examen de su gestión desde los días de la alianza con el corso hasta las horas bulliciosas y febriles del congreso de Viena. En "El dictador de Europa" —tercera parte— ya Metternich es la figura más influyente en los destinos del continente, situación cuyas incontables responsabilidades y ocupaciones no le hacen olvidar cariños de padre y apasionamientos de amante hasta el instante dramático en que con su fuga culminó la acción de los rencores que minaron su posición y le alejaron precipitadamente del poder, sin que la expatriación ni la distancia aminoraran el respeto que Europa le tributaba. En sus años postreros es "El hombre de los mil recuerdos" —parte final de la obra. Su ancianidad repasa los episodios que viviera y los que —tantas veces— provocara.

Aspiración constante y suprema de Metternich fué conseguir una cabal armonía europea. Esa era su mira esencial, afirma Auerheimer y en ella radica lo mejor de su grandeza. La dificultad de la empresa justifica su fracaso.

Cada página de este libro apasiona, tanto por la importancia de los sucesos que evoca como por la calidad de la evocación. La Sudamericana acrece sus prestigios con su edición e Ibarzábal con su digna versión no debe ser olvidado en la adjudicación de los elogios que merece este libro.

Rubén A. Turi

La novela norteamericana, por CARL VAN DOREN, traducido por Pedro Ibarzábal. Editorial Sudamericana. Buenos Aires, 1942. Un vol. 440 p.

Múltiples nombres consagrados y obras magníficas permiten afirmar la existencia de una novela norteamericana o, para ser más precisos, estadounidense. Seguramente es en el gran país del norte donde este tipo literario ofrece mayor desarrollo, entre los del continente.

De tal manera, es posible hablar, con todo derecho, de una novela norteamericana. Lo comprobamos plenamente en este libro espléndido que la Sudamericana proporciona al castellano, con mar-

cada oportunidad. Esta última aseveración se cimenta en el interés que desde tiempo atrás y en forma creciente suscitan entre nosotros las expresiones de la poderosa nación del norte.

Y el mérito de la obra se realiza por la calidad y el prestigio de quien la firma, ilustre intelectual excepcionalmente capacitado para realizarla.

De veinte capítulos consta este análisis riguroso y servicial, que abarca los años comprendidos entre 1789 y 1939. En ellos se sitúan, desde las primeras obras de Richardson, algo anteriores a la fecha inicial del período indicado, hasta las penúltimas de Steinbeck, la totalidad de las grandes manifestaciones del género: las debidas a Cooper, a Hawthorne, a Melville, a Howells, etc.

La obra de los autores aludidos, así como la de Twain, la de James, la de Dreiser, la de Lewis son examinadas intensamente y con sostenida sagacidad en numerosas páginas.

Junto a esto —y no como objeción— señalaremos lo somero que resulta la revisión de los extraordinarios valores actuales: Buck, Caldwell, Faulkner, Steinbeck. Es deseable una información más vasta y un estudio no tan veloz acerca de ellos.

No obstante ello consideramos imprescindible esta obra para un conocimiento efectivo del tema que trata. Imprescindible por su valía singular tanto como por la falta de estudios así completos o por las dificultades —dificultades que la diferencia idiomática muchas veces acrecienta— de acercarse a los mismos. La traducción es de Pedro Ibarzábal, es decir es muy estimable.

Rubén A. Turi

El pensamiento vivo de San Pablo, presentado por JACQUES MARITAIN. Traducción de Luis Echávarri. Editorial Losada, 1943. Un vol. de 242 p.

Un nuevo título suma Losada a su provechosa biblioteca del pensamiento vivo. Basta mencionar los dos nombres que en él figuran para demostrar la extraordinaria jerarquía de este volumen: San Pablo y Maritain.

Dentro del concepto con que se encomiendan estos trabajos tan aceptados, es indiscutible que el ilustre pensador actual es indicado como pocos —quizá como nadie— para ofrecer una visión panorámica y un comentario ceñido y jugoso del pensamiento del apóstol.

Maritain ha sabido combinar con suma certeza —que se descontaba— noticias valiosas y válidos escolios con respecto a la existencia y a las ideas fundamentales del Doctor de la Gracia y de la Libertad.

Ocho capítulos y una introducción integran este volumen. Con testimonios de las Escrituras y con citas escogidas de sus epístolas Maritain muestra lo esencial del pensamiento de San Pablo, que tan profundamente sirviera y sirve a la contextura de la doctrina católica.

No necesitamos recomendar este libro excepcional.

Rubén A. Turí

La Amazonia, por EDGARDO UBALDO GENTA. Edición del Gobierno de la República Oriental del Uruguay. Montevideo, 1942. Un volumen de 216 p.

Tragiepopeya, vocablo híbrido e impresionante, es el que su autor adjudica a este volumen del que nos apresuramos a elogiar la edición, realizada por orden oficial. Celebramos simultáneamente la inspiración gubernativa aquí cumplida de auspiciar la literatura. Con medidas tales pueda ser que algún día se favorezcan obras realmente valederas. La disposición que llevó a las máquinas impresoras esta obra vale como índice y sería perfecta si se ajustase a una selección estricta.

Queda así esbozado nuestro juicio sobre esta obra. En ella se ha pretendido conseguir una expresión americana. Valga la pretensión, tan simpática como ambiciosa. Para colmarla el autor ha estimado favorable el proponerse un tema requerido entre los viejos hechos de la conquista. Ello, lógicamente, no basta. Ningún tema, de por sí, es suficiente para triunfar en tal propósito. El problema no radica en el motivo. En tal caso su solución sería muy fácil o, simplemente, no existiría el problema.

Tampoco se nos habrá de identificar por la intensidad de la voz. El énfasis no admite fronteras, fronteras geográficas, se entiende. A otras sí debe ceñirse. Ciertamente hubo y hay voces muy fuertes entre nosotros, pero ése no es un defecto exclusivamente nuestro. Por lo demás, para conseguir poesía no es necesario forzar las cuerdas vocales. Hasta es peligroso.

En cuatro jornadas se reparte esta pieza: Los Andes; La Selva;

El Dorado; El Amazonas. Por ellas desfila una mitología corriente, se exalta el valor de un capitán peninsular, la serenidad arrojada de un dominico, la belleza de una reina salvaje, de vez en cuando se atisba un girón de selva o un murmullo de agua se escucha, chillan una bruja y hasta aparece aquel tan mentado rey blanco, todo esto confundido entre los melodramáticos sonidos que profieren diversos coros. Abundan escenas truculentas, hay un grumete que con frecuencia se ve en sumo peligro, etc., etc.

Puede apreciarse por estas alusiones la distancia que separa al libro que nos ocupa de las grandes obras americanas. Creemos con honda firmeza en la buena voluntad del autor y en la generosidad de su inspiración. Mas no creemos que por medio de tales procedimientos pueda cumplirla. Lo americano es algo distinto, más sencillo y más profundo. También lo poético. Admitimos la sonoridad de sus versos. Pero hay tanto verso sonoro que por atender a la eufonía se olvida de la poesía...

Claro que siempre es loable intentar cosas. En este libre se advierte una labor muy intensa y muy larga. Puede quedar como un intento, al menos para indicar qué es lo que debe eludirse en la angustia, porque es una angustia el anhelo expresivo, en la angustia de requerir lo auténtico americano. Quedará como intento y es intentando que habrá de alcanzarse nuestra expresión.

Nicolás Bayona Posada prologa efusivamente esta obra, que ostenta adecuados bocetos escenográficos de Juan J. Severino.

Rubén A. Turi

Españoles de tres mundos, por JUAN RAMÓN GIMÉNEZ. Editorial Losada. Buenos Aires, 1942. Un vol. de 170 p.

El mismo Juan Ramón se comide a descubrir la razón de su título: "Españoles de tres mundos". Es que son españoles de España, —viejo mundo; de América,— nuevo mundo; de la muerte, — el otro mundo.

Asentimos, mas no del todo. Que los de España sean españoles, muy bien. Pero algunos de los que reclama en el otro mundo no fueron españoles. José Martí, pongamos por caso, no fué español de América ni es español de la muerte, filiación que en sus páginas le adjudica. Fué sencilla y plenamente americano, americano de América. Alfonso Reyes, que afortunadamente aún inquieta a éste lla-

mado nuevo mundo, no es español de América. Es un cabal americano de América.

Sabemos que en Juan Ramón no se agazapa ninguna intención de ésas que ahora han retoñado en la península, llenas de absurdas nostalgias imperialistas. Mas creemos que cabe la salvedad. Es que algo fastidia ese empeñarse en asumir una paternidad que si no niega nadie tampoco se puede aceptar con absoluta latitud, sea a un lírico o sea a un tirano.

Y justamente Juan Ramón exhibe una actitud que quiere ser paternal o que, al menos, se nos hace tal, en especial cuando se refiere a los jóvenes que ahora poetizan en nuestro idioma. Comprendemos, admiramos y reconocemos su influencia, la gravitación de su obra y el derecho que tiene para comportarse así.

Su libro revela más que a los retratados, a quien los retrata. Es una confesión de sus simpatías y, en ocasiones, de sus antipatías. Por lo demás no ha sido su propósito, lo reconocemos también, ser objetivo. Su pluma es siempre apasionada, mas ello no sustrae seducción a sus páginas. Talvez, por el contrario, las haga más interesantes.

En "Españoles de tres mundos" encantan —no podía ser de otro modo— la gracia cálida de la expresión y la repetida felicidad de sus apreciaciones. Caricaturas, las denomina y las clasifica en cinco secciones: muertos transparentes; entre ellos está un perfil de José Asunción Silva, que motivó una justa réplica de Baldomero Sanín Cano. Rudos y entrefinos de 98 y demás: Unamuno, Darío, Salinas, etc. Internacionales y solitarios: desde Francisco Giner hasta Norah Borges. Entes de antro y dianche: Neruda, García Lorea, Dámaso Alonso, Bergamín, Alberti entre ellos. Estetas de limbo: Jorge Guillén, Altolaguirre y junto a otros, como último, Luis Cernuda.

Anotemos que estas caricaturas líricas comienzan con la de Gustavo Adolfo Bécquer y, repetimos, finalizan con la de Luis Cernuda. Extremos certeros entre los cuales, ya se ha advertido, hay profundas afinidades. Entre ellas desfilan figuras como las mencionadas arriba, que se animan acertadamente y que se aprecian justamente ubicadas en su tiempo y en su clima.

Declaramos necesario el conocimiento de este libro original y apasionado, de fineza inalterable y de constante cordialidad.

Rubén A. Turi

¿Qué es la Lingüística?, por A. BENVENUTO TERRACINI. Edición de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Tucumán. Tucumán, 1942. Un vol. de 70 p.

Este ensayo histórico-crítico, como el mismo autor lo califica en una breve advertencia preliminar, intenta, según sus palabras — y lo consigue, según su lectura nos lo demuestra— “presentar a los estudiantes, en forma elemental y discursiva, los problemas de donde nació la lingüística, los métodos que la caracterizan, los resultados que consiguió, los nuevos problemas que hoy plantea”.

La palabra “elemental”, incluso en su advertencia, no aminora en modo alguno la jerarquía invariable del ensayo, eficaz y necesario por su claridad docente tanto como por su solidez informativa y por su sagacidad crítica.

Es tarea que requiere pericia didáctica la de ceñir en contadas páginas la multitud de temas de los cuales impone ocuparse el título de este libro. Terracini supera esa tarea con destreza y su análisis se valoriza por la adecuada detención que le merece cada problema, de acuerdo a su importancia relativa dentro de este valioso panorama que, dividido en cinco capítulos, se halla precedido por una intensa introducción y completado con una útil nota bibliográfica.

El problema del lenguaje suscitó largas meditaciones y numerosos errores, desde los tiempos más distantes, meditaciones explicables por la primacía que él ocupa dentro de los hechos humanos y errores emergentes de su consideración desde planos parciales. La demora en etimologías supuestas sobre motivos superficiales cedió lugar a enfoques más agudos y valederos que anticiparon la moderna ciencia del lenguaje. Humboldt y Schlegel, románticos, deben mencionarse. Aquél, que “plantea la antinomia entre la propia actividad del individuo hablante y la lengua que él recibe como producto histórico”. Schlegel, que reclama, como criterio certero de investigación, una búsqueda de correspondencias profundas entre las lenguas, concepto que tiende a un fin: la reconstrucción y que se sujeta a un método: el genealógico y comparativo.

Pero ese método y ese fin son insuficientes para dar una respuesta cabal. Los éxitos obtenidos no evitaron que un Guillieron, por ejemplo, como reacción ante su predominio, se librara a su intuición para captar el valor actual del lenguaje, tan o más importante que su valor fósil, únicamente atendido.

Esbozamos así con absoluta rapidez un proceso al que Terracini dedica densas páginas y esclarecedoras consideraciones. Y superando etapas se llega a Croce, a Husserl, a Cassirer. El primero inspira

a Vossler las actuales y valederas réplicas: "Vossler representa muy bien el momento en que el problema literario se injerta completa y definitivamente en la lingüística". Esta, como una de las conquistas esenciales. Es recomendable, prolijo y agudo el estudio que a otras cuestiones actuales de esta disciplina dedica el autor que con este ensayo certifica su capacidad y justifica sus prestigios. Reconocemos ampliamente cumplido el anhelo de extensión cultural que impulsó su edición y lo elogiamos decididamente.

Rubén A. Turi

"Franz Tamayo" (Hechicero del Ande), por FERNANDO DIEZ DE MEDINA. Un volumen. Buenos Aires, 1941.

Diez de Medina se enfrenta con la realidad americana, o más bien boliviana, en un "retrato al modo fantástico", animando la figura del poeta y sociólogo Franz Tamayo.

Conjuntamente con obras como las de A. Cometta Manzoni, Ciro Alegria, Rojas, representa la actual reivindicación del autóctono, el indio.

Problema americano este del indio, resuelto en nuestro país de una manera violenta.

Pero Bolivia, país de América encerrado por sus límites naturales sufre la opresión viva de la raza blanca, que alcanza apenas a representar un tercio de su población.

En este libro, el autor analiza todos los aspectos, atrevidos y curiosos en su mayoría, de la vida de Franz Tamayo, que encarna el alma de Bolivia, paciente y sufrida; resentida, pero que se revuelve orgánicamente contra el inaudito dominio de una minoría blanca y mestiza.

"Al paisaje áspero y fuerte corresponde el habitante hosco y enigmático. Tamayo es el espejo psicológico de la montaña. Acercarse a él es acercarse a Bolivia", afirma Diez de Medina.

Como el Inca Garcilaso, es hijo de un español, Isaac Tamayo, y de una autóctona, cuyo nombre no se nos ha revelado. Hay en él, como buen mestizo, un secreto odio contra el español dominante, que se traduce en sus primeros años en un cambio del nombre: Francisco, tan español, a Franz, germano. Estudia bajo la severa y disciplinada vigilancia de su padre. Sus juegos de niño: hojear y deletrear los volúmenes de la biblioteca traída de Berlín, París,

Londres, Madrid, Buenos Aires. Posee autores favoritos: Homero, Platón, Shakespeare, Racine, Berceo, Dante, Goethe, Dostoiowski, Li-tai-pe, Horacio, Poe, Kierkegaard... leídos sin orden, a la edad en que los jóvenes sueñan con sus primeras diversiones y aún sus juegos:

“Yo era en mi juventud un nigromante
que hace oro el plomo y el carbón diamante”.

Más que poeta, Tamayo es el político activo y exaltado. Rubén Darío, en París, pudo decir de él: “He aquí un artista. Este Indio de América hablará para los tiempos”.

Y así habló el artista: “El indio es todo un hombre; se basta a sí mismo. Su salud mental es admirable. Lo que hay más moral, más fuerte en Bolivia, es el indio. Después el mestizo. Después el blanco”.

Eseuela de optimismo que arranca del Padre de las Casas y que se transmite de Isaac Tamayo al joven Franz, quien predica “la formación del carácter nacional”. Aún se aventura en la lingüística: “la grande y asombrosa lengua aimára es como un castillo de piedra que encierra el rudo y personalísimo espíritu del indio”.

Para Diez de Medina, Tamayo encarna el drama del alma americana, vaciado en las formas humanistas de la inteligencia europea. Encara con simpatía el estudio de su vida, doctorado en leyes y candidato a la presidencia de su patria, negado por sus coetáneos en su vejez, áspera y sombría como el Ande. Es Tamayo, que representa la cima del pensamiento, pulsador de la angustia y dolor del andícolo, ejemplo de voluntad y capacidad:

“Si el rayo fué, no en vano fuí la cumbre
y mi silencio es más que el mar que canta”.

El retrato, —de personaje tan complejo— se hace a veces confuso. Demasiadas citas, notas de historia, política y sociología americanas. Así, el estilo se resiente un tanto en su sencillez y claridad. No alcanza la obra, aunque de valor, la naturalidad y el lirismo de las biografías a que la literatura moderna nos ha ya acostumbrado.

Representa, vigoroso y documental, un intento más acerca del esclarecimiento y defensa del indio.

María Luisa Cresta

Poesía juglaresca y Juglares, por RAMÓN MENÉNDEZ PIDAL.
Editorial Espasa-Calpe. Colección Austral. Buenos Aires,
1942. Un vol. de 290 p.

Entre las obras capitales del eminente maestro se cuenta ésta que ahora hará llegar a más amplios sectores la encomiable colección Austral.

En una breve página inicial de esta edición, fechada en septiembre de 1941, don Ramón Menéndez Pidal le procura su anticipada conformidad y advierte la supresión en ella de las notas documentales y apéndices que otras ediciones incluyen. Ausencia que, desde luego, no desmejora la jerarquía del trabajo. Recogemos la advertencia para precisar la información sobre este volumen que nos ocupa.

Esta es una obra admirable y al reconocerlo no hacemos sino repetir una opinión sin objeciones. Reviven en sus páginas aquellas figuras pintorescas y desconocidas muchas que casi un milenio atrás crearon nuestra lengua y nuestra poesía, la lírica que, por serlo, pudo preservar algunos nombres y la épica que al hacerse expresión de un pueblo ahogó a veces el recuerdo de sus primeros gestores.

La caracterización del juglar, sus diversas manifestaciones, sus diferencias con el trovador, los elementos juglarescos en la poesía española de los siglos iniciales y otros numerosos motivos cobran animación extraordinaria en esta obra fundamental.

En su aspecto material, este volumen tiene todas las virtudes que han consagrado a la colección que lo ostenta.

Rubén A. Turi

“*Tres poetas filósofos*” (Lucrecio, Dante, Goethe), por GEORGE SANTAYANA. Biblioteca Filosófica de la Editorial Lozada, dirigida por F. Romero. Traducción de J. Ferrater Mora. Un vol. de 197 p. - 1943.

Todo poeta auténtico deviene en filósofo, inconsciente, a través de los gestos y las palabras más simples, o en medio de tiernos acaeceres que su reconocida actitud de poseedor de lo maravilloso logra eternizar: el alma de pájaro de las cosas, la agónica despedida

de la tarde, muertas cintas y letras viviendo en los cajones y el recuerdo.

Siempre, tal como lo aclara Santayana, que no se piense en la filosofía como una dura y contada serie de razones, agrupadas inequívocamente en el camino de la verdad final.

Ciertamente, ¿de cual poesía podría entonces hablarse?

Mas he aquí, para quienes nos hemos interrogado demasiadas veces acerca de ambas experiencias humanas, cómo una y otra no son sino unidad de algo trágico y hermoso en su emocionada visión: el mundo.

Es indudable también que sólo un autor como éste, acechando con genio de artista desde su posición frente a la vida y las cosas, podía acercarse a mundos tan densos e individuales, desvelando para sí y nosotros, y cumpliendo un natural rito estético que lo dignifica, un mundo de vida, un mundo de naturaleza, y un mundo de salvación: Goethe, Lucrecio, Dante.

Se explica este acercamiento a tres figuras, ya en el tiempo perfecto, por cuanto disponer de sus obras, según afirmase en la Introducción, es ayudar al propio desenvolvimiento personal. El pasado sólo tiene vida en cuanto es perennidad.

En la Conclusión del texto, luego de un análisis profundo en su fineza y detalles de cada uno de los poetas citados, se habla de cómo puede establecerse a través de sus filosofías una comparación. Comparación no significa aquí entablar lucha para resolver cual es el mejor. Los tres, en todo caso. Y cada uno. El autor trata de sostener esta afirmación, atrevida según piensa: "es compatible aquello que los hace grandes". Empleando un razonamiento hegeliano se llega —seguimos a Santayana— a una diversidad triple que constituye una unidad de tipo superior. Cada uno es típico de una época. (Recordemos: Lucrecio y el naturalismo humanista; Dante y el hábito de lo sobrenatural; Goethe y el salvador extravió del alma). A la vez, constituyen juntos el resumen de toda la filosofía europea. De tal modo que "no nos satisfará ninguno de nuestros poetas si tenemos que renunciar a los otros dos".

Páginas de un ponderable estilo, donde se entrelazan la visión erudita y la detenida dulzura inspirada por la captación fina de una estrofa, el delineamiento firme e inconfundible de los autores, sus obras, sus personajes y sus cosmos; páginas de segura inspiración y claridad, como aquella que corresponde al capítulo sobre "Goethe" acerca del romanticismo, el meneado, maltratado y no siempre comprendido ámbito que comparte el hombre con sus ángeles díscolos y pueriles.

En el prólogo, confiesa no tener su libro pretensiones científi-

cas; sino reflejar de qué manera un alma se sintió conmovida en su sensibilidad leyendo poesías.

Sin duda es al cumplir su propio ideal el arte que nos brinda una preciosa joya en su libro; aún cuando su posición de filósofo librado a sí mismo plantee diatribas o largas reflexiones sobre lo real de sus experiencias:

“Así, una de las dimensiones del arte consistiría en hacer artística, alegre y simpáticamente, todo lo que tenemos que hacer”.

De esta manera, George Santayana se acerca a tres grandes poetas de todos los tiempos con la alegría del español (su origen), la simpatía del inglés (su lengua) y la eterna llama de lo artístico (su espíritu) en todas sus manifestaciones.

María Luisa Cresta

Guía para organización, fichado y catalogación de mapotecas,
por MANUEL SELVA, con un estudio-prólogo sobre proyecciones por Elina G. A. de Correa Morales. Un vol. de 173 p.. Buenos Aires, 1941.

En el mes de septiembre último tuvimos oportunidad de visitar la exposición de cartografía histórica organizada en Buenos Aires por *Amigos del Arte* y la *Sociedad Geográfica Americana* conmemorando el descubrimiento de América. Magníficas piezas que merecieron la admiración de profanos y expertos, atlas y mapas de siglos pasados, provenientes de colecciones particulares reunidos en bella muestra de conjunto que testimonió así el buen gusto y autoridad característicos a numerosos bibliófilos argentinos especializados en la materia. Con espíritu tan elevado contrastó de un modo singular la pobrísima rotulación de las obras expuestas y el pequeño catálogo que allí se distribuyó, ahondó aún más la penosa impresión al perdurar el recuerdo de la muestra. Careciente del plan metódico más elemental, con anotaciones ni siquiera exactas y ya no nada científicas, se parece a una de estas simples listas hechas por rematadores ignorantes.

Nos detuvimos con este ejemplo porque evidencia que también en materia de cartografía los bibliófilos argentinos tomaron la delantera a sus hermanos bibliógrafos. En el mundo entero sigue subsistiendo la situación aproximadamente tal como Philip Lee Phillips, jefe de la sección mapas de la Library of Congress, autoridad indis-

cutida, la describió hace veinte años atrás: "Que los atlas no recibieron en bibliografía la atención debida a su importancia en la literatura y como contribución a las ciencias, se demuestra por la pobreza de obras sobre la materia. Ningun estudio exhaustivo ha sido tentado, y las fuentes accesibles consisten únicamente en pocas monografías y algunas informaciones dispersas que se hallan recién después de larga búsqueda en lugares apartados (¹)". En este respecto, la labor emprendida por el Sr. Selva, como encargado de la sección mapoteca de la Biblioteca Nacional, es de aparente mérito. Con su "Guía" inicia de hecho en el país y, creemos, también en lengua española las publicaciones metódicas sobre organización de mapotecas, y la parte teórica desarrollada en aquella se complementa en la demostración práctica que el mismo autor da en el "Catálogo de la Mapoteca (²)" cuyo primer tomo ha sido editado como publicación oficial de la Biblioteca Nacional. Por lo tanto, tendremos que ocuparnos de una y otra obra.

No es el "Catálogo de la Mapoteca" la primera tentativa de ordenar el material pertinente, ni de la Biblioteca Nacional, ni de otras del país. Hemos de mencionar el extenso catálogo impreso, provisto de varios suplementos, que posee el Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto de la mapoteca de su División política. La Biblioteca Nacional tiene ordenada desde 1925 parte de sus colecciones de atlas y mapas en el t. VI de su conocido "Catálogo metódico (³)", trabajo ejecutado sobre planes de Groussac por quien hoy tiene la mapoteca a su cargo; por lo visto, el autor cuenta con larga práctica. En el interín, la biblioteca acrecentó considerablemente sus existencias en atlas y mapas, aumento que se refleja en parte en el "Catálogo de la Mapoteca". La utilidad de un catálogo, su principal razón de ser, estriba en la medida de ser completo; si existen catálogos anteriores, el que nuevamente se confecciona debe servirles ya de complemento, ya anularlos al reunirse la totalidad del material en una obra única. Nada de esto es el caso con el "Ca-

(¹) Library of Congress, A list of geographical atlases. Compiled under the direction of Philip Lee Phillips. 2 vols., Washington, 1909. — Cfr. también: Library of Congress, A List of maps of America, by Philip Lee Phillips, 1 vol., Washington, 1901.

(²) Biblioteca Nacional, Catálogo de la Mapoteca. Primera parte: Atlas. Prólogo de Manuel Selva. 1 vol., Buenos Aires, 1941. — Dícese en el prólogo: "El presente catálogo comprende dos partes: Atlas y Mapas sueltos; esta última formada por dos tomos, el primero de cartas de la Argentina, y el segundo del resto del mundo.

(³) Biblioteca Nacional, Catálogo metódico. Tomo VI: Historia y Geografía, segunda parte. 1 vol., Buenos Aires, 1925. Cf. páginas 538-587 y 730-735.

tólogo de la Mapoteca". Ciertamente se encuentran muchos de los atlas del t. VI del "Catálogo metódico", pero obra tan importante como nada menos que la *primera* edición (1570) del "Theatrum Orbis terrarum" de Abraham Ortelius (*), se buscará en vano; el autor se habrá olvidado de haberla catalogado el mismo en el t. VI del "Catálogo metódico" allá por el año 1925 y anota en el "Catálogo de la Mapoteca" como más antigua en posesión de la Biblioteca Nacional la edición de 1603. Bástenos con este ejemplo tomado al azar para eximirnos de profundizar la comparación de los dos catálogos citados. Pero esto no es todo: En el año 1938, la Biblioteca Nacional pudo adquirir la *rarísima primera* edición (1597) de la "Descriptionis Ptolemaicae augmentum" de Cornelius Wytfliet (**), obra de la cual no hay ni rastro en el "Catálogo de la Mapoteca" a pesar de tratarse precisamente del primer atlas del mundo que se dedica en su totalidad al continente americano. Por cierto no desconocemos cuán ingrata es la labor de catalogar ya que es prácticamente inevitable que uno que otro pez se nos escape de las más finas mallas en la red de la atención. En el presente caso, empero, no puede haber circunstancias atenuantes; tanto la primera edición de Ortelius como la primera de Wytfliet son obras de fama mundial de carácter tal a otorgar categoría internacional a la colección que las posee: imposible, pues, olvidarse de ellas! —Para remediar a falla tan grave, hemos provisto las anotaciones (4) y (5) con las cotas correspondientes bajo las cuales el lector interesado podrá hallar en la Biblioteca Nacional los atlas citados.

En cuanto a la "Guía" misma, la extinta señora de Correa Morales, presidenta de la *Sociedad Geográfica Argentina* la abre con un profundo y bien orientado estudio sobre proyecciones, algunos de cuyos datos histórico-geográficos volvemos a encontrar en el capítulo 1 del texto, en donde sobran; como historia de la cartografía

(*) Cf. pág. 730 de nota (*): Abrahamus Ortelius, Theatrum Orbis terrarum... (Antverpiae, 1570). Bibl. Nac. 102.502 -157.

(**) "Descriptionis Ptolemaicae augmentum sive Occidentis notitia Brevi commentario illustrata studio et opera Cornely Wytfliet louanensis. Lovanii (Typis Johannis Bogardi) 1597. Bibl. Nac. 224.472 R. — Y nótese bien que se trata efectivamente de la primera edición para identificarla no basta el año solamente ya que la segunda fué impresa en la misma fecha y en el mismo lugar: son las señas de esta primera edición la fecha de mayo al final de la dedicatoria y la fe de errata de seis líneas en la página (192) — características ambas que faltan a la segunda edición. — En el catálogo de la Library of Congress (nota 1) se registra solamente la segunda edición; ignoramos si esa biblioteca ha podido adquirir entre tanto a la primera.

preferimos cualquier monografía ya más especializada, ya más elemental como p. e. la de Kretschmer (*).

Tanto en los cap. 2 y 3 (Ordenación del material. Fichado) como en el referido "Catálogo de la Mapoteca" persiste el autor en guardar la diferencia entre "atlas" y "mapas" de la cual omite, sin embargo, la definición. ¿Cuántos coleccionistas no se enorgullecen de tal o cual mapa que proviene de un atlas de Blaeu, de Mercator o algún otro, habiéndolo a veces pagado con un precio que rara vez vale el atlas entero? "Las colecciones de la mayoría de las bibliotecas están hechas de tales mapas y el voluminoso catálogo de mapas del *British Museum* se compone en gran parte de tales "separata" registrados sin información bibliográfica alguna", dice al respecto Lee Phillips y con referencia a los fichados por él, agrega: "He tratado de identificarlos". Por otra parte queremos recordar aquellos mapas como p. e. el del Instituto Geográfico Militar, levantados en hojas de tamaño y escala uniformes. Encuadernados sus hojas en forma de un volumen, ¿este mapa sigue siendo mapa o es que se convirtió de golpe en atlas? —Opinamos que la condición de "atlas" o de "mapa" notiene en cuenta la forma accidental de la pieza bibliográfica sino que es inherente a su carácter, origen, plan, etc., siendo ello a menudo de averiguación difícil. En el ejemplo mencionado más arriba, de un mapa arrancado a un atlas de Blaeu, debería hacerse la entrada bibliográfica como la de un atlas mutilado, aunque mutilado hasta la desfiguración.

Este criterio puramente bibliográfico no excluye, sin embargo, otro procedimiento con miras a la utilización práctica de los mapas. Pero en este caso fuera indispensable que se desintegrasen los mismos atlas en los diversos mapas que contienen, fichándose mapa por mapa, plan por plan con las anotaciones más amplias respecto a escala, extensión, etc., tal como el autor se lo propone hacer en los tomos II y III del "Catálogo de la Mapoteca" de futura publicación. En este caso se puede prescindir de los atlas anteriores al 1800, término medio, ya que los levantamientos topográficos de aquellas épocas no responden a las exigencias modernas en cuanto a exactitud de medidas y datos de toda clase.

A quien pueda hacerlo, recomendamos visite las mapotecas del Servicio Geodésico-topográfico (Ministerio de Agricultura, Dirección de Minas y Geología), de la División Política (Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto), de Obras Sanitarias de la Nación, del

(*) KONRAD KRETSCHMER, *Historia de la Geografía*, 3ª ed. revisada, Barcelona, 1942. (Colección Labor, 56.)

Instituto Geográfico Militar, para nombrar solamente algunos de la Capital.

Imprimió la "Guía", Belmonte para Julio Suárez. La presentación es correcta y sobria, pero el volumen acusa —como otros del mismo impresor y del mismo editor— demasiados errores tipográficos para una obra de índole científica.

Bruno Guterbock

Catalina de Aragón, por GARRETT MATTINGLY. Traducción de Ramón de la Serna. Editorial Sudamericana. 1 vol. de 529 p.. Buenos Aires, 1942.

En un cuidado volumen impreso por J. Hays Bell la Editorial Sudamericana ha publicado esta biografía histórica de Garrett Mattingly.

Según sus palabras surgió esta obra de "sus búsquedas e investigaciones en torno a la vieja historia de la embajada española en Londres". Se nos dibuja la figura de Catalina de Aragón a través de este estudio, con relieves netos. Por obra y gracia de la mesurada y prolija exposición de hechos que hace el autor nos compenetramos primero de la etapa correspondiente a su vida como princesa española, viendo correr sus infantiles años y el comienzo de su adolescencia junto a su madre, recia y batalladora. Isabel la Católica dirigió y cuidó todos los detalles de la educación de esta princesa destinada a ser reina desde los tres años de edad. Es un aspecto interesante que Garret Mattingly expone en varias páginas, señalando el tono humanista de esta educación, ya que lo fueron varios de sus preceptores elegidos por Isabel.

Nos presenta luego el autor todas las vicisitudes pasadas por Catalina de Aragón hasta alcanzar el trono de Inglaterra, haciéndonos palpar la fortaleza de ánimo de princesa, cuyo asombroso parecido físico con su madre no cejaba un punto a la semejanza de carácter, poseyendo "la misma graciosa dignidad, el mismo ligero empaque, la misma inteligencia vigorosa y ágil, el mismo fondo grave y la misma seriedad moral".

Después, ya reina de Inglaterra, nos la muestra desplegando una acción siempre digna y encuadrada dentro de su rígida concepción de la religión y de la realeza. En medio de sus desventuras veremos como mantiene siempre en alto su espíritu, siguiendo en

una trágica obcecación su destino; no cejando nunca un punto en sus derechos, con la convicción absoluta de su fe y de su dignidad. Enrique VIII mismo dijo "podía haberse lanzado al campo y haber movido guerra contra él ferozmente". No lo hizo así, y sumisa a Enrique VIII, su rey y señor, como persona, libra combate hasta el fin por su alma y dignidad, terminando sus días en cautiverio esta reina que según Chapuys, embajador de Carlos V, era "la mujer más virtuosa que he conocido y la de más corazón, pero demasiado reacia a hacer un poco de mal, del que hubiera podido salir mucho bien".

La obra de Garret Mattingly tiene carácter rigurosamente histórico, la sobriedad de su exposición no deja muchos resquicios posibles para el vagar de la fantasía.

Teresa A. Samatán

Emoción y sentido de mis llanuras, por BLANCA IRURZUN. Prólogo de Félix Molina Tellez. Editorial Ruiz. Un vol. 152 pp. Rosario, 1942.

Esta escritora santiagueña autora ya de dos libros, *Changos y Horizontes*, nos ofrece en *Emoción y sentido de mis llanuras* una serie de escritos donde busca una interpretación emotiva de su suelo natal. La autora sabe penetrar sutilmente en las fibras íntimas de la expresión popular de Santiago. Sus consideraciones sobre el tejido, el canto y la danza nos hacen sentir de un modo poético la manera de ser de un pueblo, fiel depositario de un inagotable tesoro de sentimiento y arte. Varias páginas, llenas de emotividad, han sido consagradas a la escuela rural santiagueña.

M. E. S.

Yo financié la ascensión de Hitler (I paid Hitler), por FRITZ THYSSSEN. Traducción de L. Rivaud. Editorial Zig-Zag. 1 vol. 312 pp. Santiago de Chile, 1942.

Estas memorias de Thyssen, dictadas apresuradamente a un editor norteamericano mientras se iba consumando la derrota de

Francia, ofrecen el valor de la confesión póstuma de un hombre que trata de justificarse sin haber, empero, tomado plena conciencia de las horas que vive el mundo actualmente. El gran industrial alemán desapareció después del desastre francés y eso da un acento especial a estas páginas cuyo valor documental no puede desconocerse.

M. E. S.

Las propias órbitas, por MOISÉS CAROL. 1 vol. 58 pp. Santiago del Estero, 1942.

Moisés Carol, poeta santiagueño, inicia su libro invocando a Kierkegaard. La soledad es el tema central de su poesía y la canta a través de la veintena de composiciones que forman *Las propias órbitas*. Carol es un poeta que trabaja conscientemente su verso y sabe encontrar las palabras que necesita para expresar el hondo sentido humano de su emoción poética.

M. E. S.

La epopeya de América, por JAMES TRUSLOW ADAMS. Traducción de C. Siralceta. Ilustraciones de M. J. Gallagher. Editorial Claridad. 1 vol. 523 p.. Buenos Aires, 1942.

Este libro de James Truslow Adams ha alcanzado gran renombre y la Editorial Claridad ha tenido un verdadero acierto al ofrecernos la traducción española de su trigésima edición. Adams es considerado en la actualidad como uno de los más grandes historiadores norteamericanos y ese sólo hecho destaca la importancia de su trabajo. Pero *La epopeya de América* no es un libro común de historia, con acontecimientos narrados ordenadamente. Esta obra puede más bien ser considerada como una glosa de la historia estadounidense; da ya por sabidos los detalles que proporcionan los textos de uso escolar y entra de lleno a juzgar los hechos que van marcando jalones en el pasado de la gran república del norte. Pudiera reprochársele al libro su carácter más literario que científico, pero posiblemente el autor le dió deliberadamente ese carácter pues

está claro que se propuso enaltecer las grandezas de su patria antes que dedicarse al análisis frío de los acontecimientos. Debido a eso comprendemos la enorme difusión que este libro ha tenido en los Estados Unidos y que seguramente alcanzará en los países ibero-americanos.

M. E. S.

Lavalle, paladín de la libertad. 1797-1841, por BERNARDO ARRILI. Publicación de la Comisión Nacional de Homenaje en el centenario de la muerte del general Lavalle y Marco M. Avellaneda. 1 vol. 190 pp. Buenos Aires, 1942.

Este libro pertenece a una categoría de obras que podríamos clasificar como declamatorias de la historia argentina. Felizmente su número tiende más bien a disminuir a medida que se ensancha el círculo entregado a una labor de investigación desapasionada. Esta biografía de Lavalle por González Arrili merece el calificativo de superficial y nada nuevo aporta a los trabajos ya realizados sobre ese mismo tema. Desde el punto de vista literario tampoco es una obra de mayor relieve.

M. E. S.

La roca de Sísifo, por ROGER CAILLOIS. Traducción de Julio Molina y Vedia, José Bianco y Raimundo Lida. Editorial Sudamericana. 1 vol. 111 pp. Buenos Aires, 1942.

Roger Caillois ha reunido en *La roca de Sísifo* tres estudios titulados *Atenas frente a Filipo*, *El Nuevo Orden* y *Patagonia*. En la Advertencia el autor nos dice: "La civilización representa una continua conquista del hombre de sí mismo. Constituye un riesgo, un abandono voluntario y peligroso de fuerzas, ventajas y medios seguros por bienes que siempre es posible perder, que no son indispensables y cuyo valor mismo es, si se quiere, de convención.

Es, en fin, necesario destino de la civilización, proporcionar contra sí misma armas a la barbarie". A sustentar esta tesis concurren los tres estudios mencionados: el primero referente a la antigüedad clásica, el segundo a la China milenaria y el tercero a nuestra actual Patagonia. En el epílogo encabezado *Nosotros, últimos intelectuales de este mundo* entra en consideraciones de actualidad sobre la actitud de la inteligencia en estos tiempos de lucha y renovación.

M. E. S.

Lógica Parlamentaria, por W. G. HAMILTON. Estudio preliminar de Francisco Ayala. Editorial Americalee, 172 pp., Buenos Aires, 1943.

Discursos a la Nación Alemana, por FICHTE. Estudio preliminar de Francisco Ayala. Editorial Americalee, 310 pp., Buenos Aires, 1943.

Norte de Príncipes, por Antonio Pérez. Estudio preliminar de Francisco Ayala. Editorial Americalee, 170 pp., Buenos Aires, 1943.

¿Qué es el Tercer Estado?, por SIEYÉS. Estudio preliminar y notas de Francisco Ayala. Editorial Americalee, 161 pp., Buenos Aires, 1943.

La Editorial Americalee ha iniciado una nueva serie que titula *Los Clásicos Políticos*, dirigida por el prestigioso profesor y publicista de Sociología y Derecho Político, doctor Francisco Ayala.

Lleva publicados hasta el presente los cuatro volúmenes que señala el epígrafe y anuncia, como próximos, otros no menos interesantes como *Los principios metafísicos del derecho*, por KANT, *Ensayo sobre el catolicismo, el liberalismo y el socialismo*, por DONOSO CORTÉS, *Reflexiones sobre la violencia*, por SOREL y *Principios de Política*, por CONSTANT, obras clásicas de valor permanente, editadas hace tiempo y traducidas fragmentariamente algunas de ellas, por cuya razón no han tenido la difusión necesaria entre el público estudioso.

La Editorial Americalee acomete una empresa de cultura plausible al vulgarizar textos de mérito consagrado a través de ediciones pulcras, bien presentadas tipográficamente y no menos ilustradas con notas oportunas y estudios prologales del autorizado director que tiene a su cargo la colección.

D. B.

Leyes y decretos usuales de la provincia de Santa Fe, Tomo I, (1867-1942) por JOSÉ CARMELO BUSANICHE. Editorial Legislación y Jurisprudencia, 842 pp., Santa Fe, 1943.

Con este primer volumen, que comprende las materias relativas a Gobierno, Justicia e Instrucción Pública, José Carmelo Busaniche inicia la publicación de las leyes y decretos de la provincia de Santa Fe, actualmente en vigor. Las leyes incluídas han sido sancionadas entre los años 1867 a 1942. En suplementos sucesivos se agregarán los nuevos textos, de tal manera que la compilación se hallará siempre rigurosamente actualizada.

El segundo tomo contendrá las leyes y decretos correspondientes a Hacienda y Obras Públicas, Agricultura, Industria y Comercio y el tercero las de Salud Pública, Tsabajo y Asistencia Social.

Los textos están metódicamente clasificados por materias y la versión de los mismos se ajusta en forma escrupulosa a los originales existentes en los archivos de los distintos ministerios.

Un nutrido índice alfabético de asuntos facilita extraordinariamente la tarea de búsqueda y compulsa de la obra.

La prolija tarea realizada por Busaniche satisface una exigencia largamente sentida en las esferas de la administración pública y de nuestro foro. Tanto los funcionarios como los particulares y profesionales hallarán en este digesto una guía útil y segura para conocer las leyes y reglamentaciones vigentes en la provincia.

D. B.